

PERDURACION Y CAMBIO

El peronismo y el pensamiento de Perón

Eduardo Jozami

En 1955, cuando Perón fue desalojado del poder, no todos coincidían respecto a las posibilidades de perduración de su liderazgo y a la vigencia del peronismo como movimiento mayoritario. Visto a la distancia, parece evidente que un movimiento que había producido el 17 de octubre y realizado desde el gobierno transformaciones sociales e institucionales profundas debía dejar una huella perdurable en la política argentina. Sin embargo, fueron muchos los que, caído el peronismo, prefirieron imaginarlo como un fenómeno pasajero que no habría de echar raíces en la vida política.

Un sector importante de los opositores a Perón tendió a explicar el consenso social de que el gobierno peronista había gozado como consecuencia de la manipulación política de masas inermes, hasta entonces ignoradas: “el pueblo al que él y ella se allegaron, poniéndole la mano sobre el hombro y llamándolo amigo y compañero”¹ Era razonable suponer que estas masas así reconocidas habrían establecido un vínculo perdurable con sus líderes, pero el mismo Martínez Estrada señala también que “el látigo” habría sido el instrumento de ese liderazgo y tanto recurre a la apelación humanitaria -“nuestros hermanos harapientos, nuestros hermanos miserables”- como a la descalificación más severa del “populacho” integrado por una masa de “resentidos, irrespetuosos, individuos sin nobleza”. Difícil en consecuencia, a partir de esos razonamientos, prever el futuro comportamiento de las masas identificadas con el peronismo. Si mantienen su adhesión, la actitud podría atribuirse tanto a un acto de lealtad hacia quien por primera vez les otorgó derechos como a una manifestación del espíritu de servidumbre que el autor de **Qué es Esto** también les atribuye. Pero, liberados del poder del látigo, ¿quien podría asegurar que mantendrían sus lealtades quienes no expresan sino “una forma soez del alma del arrabal”?

¹Ezequiel Martínez Estrada, *¿Qué es esto?*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Colihue 2005, p{ag. 66.

Otros textos inmediatos a la caída de Perón, enfatizan el rol que en esa manipulación habría jugado el aparato estatal de propaganda del gobierno peronista. Si se considera que los dos puntales de este gobierno fueron la policía y la propaganda como hace Guillermo De Torre², ¿no sería razonable esperar que la liberación de estas restricciones, la supresión de “los recursos a que apelan las técnicas de propaganda totalitaria para rebajar y entontecer a la humanidad”, posibilite una modificación de la actitud política de las mayorías? La respuesta otra vez no es fácil, porque al negarse a otorgar alguna racionalidad al vínculo entre el peronismo y la mayoría popular que lo apoyó, ¿cómo sería posible prever los comportamientos futuros? Si las masas han sido víctimas de un proceso de hipnotización política que reconoce su origen en las técnicas pavlovianas, como sostiene De Torre, liberadas de esas “pulsiones” que permiten obtener de las multitudes las reacciones que se desee, protegidas de esas dos sílabas siniestras, escritas, grabadas, coreadas, vociferadas, que perseguían y acorralaban implacablemente”, podría pensarse que las mayorías populares estarían habilitadas para un comportamiento político distinto. Sin embargo, la conclusión de De Torre no es optimista. Aunque está siempre dispuesto a considerar como un fenómeno sin igual “la monstruosa supresión de valores que el despotismo argentino practicó”, reconoce que sus inquietudes no son otras que las de Ortega en **La Rebelión de las Masas**, texto que leído a la luz de la experiencia peronista le resulta profético. En su meditación pesimista sobre la sociedad de masas, De Torre termina por dudar de que pueda seguir llamándose democracia a un régimen político que cada vez parece apartarse más de los valores del liberalismo.

El supuesto de los textos que venimos citando es que la relación entre Perón y sus simpatizantes está basada en un engaño³. Esta afirmación sugiere dos conclusiones gratas al sector más radicalizado del antiperonismo. Por una parte, la mayoría peronista aparece deslegitimada en la medida en que no sería el producto de una decisión conciente del electorado, por la otra, una relación basada en el engaño es necesariamente débil y, por tanto, modificable. El conservador José Aguirre Cámara, integrante de la Junta Consultiva, señalaba que el apoyo que le prestaban grandes sectores de opinión no alteraba el carácter “crudamente despótico” del

²Guillermo de Torre, “La planificación de las masas por la propaganda” SUR, N° 237, Buenos Aires, noviembre-diciembre 1955.

³ Una variante de la teoría del engaño, en la medida en que insiste en la irracionalidad del vínculo entre Perón y sus seguidores, es la de Ernesto Sábato: “las masas, que son femeninas, se enamoran de un líder y en ese amor no hay ni cálculo ni sensatez, como es propio de cualquier amor. De modo que... se fueron con el primer aventurero que supo llegar a su corazón.” Ernesto Sábato, **El otro rostro del peronismo**, Buenos Aires, Imprenta López 1956, pág. 20

peronismo.⁴ . La presencia de “una formidable máquina de propaganda que perturbaba conciencias durante los 365 días del año”, daba, por otra parte, a ese respaldo un valor muy relativo

La retórica del antiperonismo utilizó también generosamente la idea de “la irrealidad” del movimiento depuesto en setiembre de 1955. Como algo evidente por sí mismo, esto no necesitaba demostración alguna: “una cosa tan inverosímil y absurda, no podía, simplemente, existir. Nos ahogaba, pero no nos resignábamos a tomarla en serio, a acordarle entidad.”⁵ Esta curiosa actitud de negar realidad a lo que consideraban el motivo de tantas desventuras tiene que a ver, a mi juicio, con la dificultad de sostener una caracterización coherente del peronismo a partir de su asociación con el nazismo y el fascismo. “Cuanto nos irritaba el *esto no es nada* de quienes sobrellevaron el hitlerismo”, confiesa con amargura Pozzi en el mismo artículo. Por eso, porque la primera historia “hecha de cárceles, torturas, prostituciones, muertos e incendios” no daba la medida necesaria como para identificarse con el mal absoluto, Borges, debió aludir a una segunda, “de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes” . Nadie hubiera podido sostener que el hitlerismo –mayúscula empresa criminal- fuera ridículo, absurdo, necio o irreal, pero en su imposibilidad de justificar esa dimensión demoníaca que atribuían al peronismo, los escritores antiperonistas terminaron por negarle entidad.

Convencido de que “el dictador encarnó el mal”, al punto de rechazar cualquier intento de argumentación sociológica que pudiera explicar lo, a su juicio, inexplicable, Borges tenía una confianza sin fisuras en la empresa antiperonista como para considerar en 1956 que la del peronismo ya era una causa perdida. Sin embargo, fue quien más lejos llevó esta idea de la “irrealidad” del peronismo. Así tituló “Illusion Comique” su ya citado artículo del número extraordinario de **SUR** y luego tematizó en uno de sus cuentos el velatorio de Eva Perón- historia que considera la cifra perfecta de una época irreal- como un simulacro. La muerta en el cuento de Borges no es Eva ni el deudo es Perón, pero –sostiene el autor- tampoco Eva era Eva, ni Perón era Perón, sino “desconocidos que figuraron para el crédulo amor de los arrabales una crasa mitología”⁶

⁴Intervención en la Junta Consultiva Nacional, 30 de octubre de 1956. Citado por María Estela Spínelli, **Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”**, Buenos Aires, Biblos 2005.pág. 150-151.

⁵ Héctor Pozzi, Sobre las defensas del espíritu”, **SUR**, op.cit.

⁶ La referencia de Borges a las dos historias, en “L’ Illusion Comique”, del citado N° 237 de Sur. La cita sobre la encarnación del mal es de “Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada”, su respuesta a declaraciones

Junto con estas expresiones de la intelectualidad liberal que por uno u otro camino coincidían en negar sustancia al peronismo y podían llevar a asignarle escasas perspectivas de sobrevivencia, no faltan también quienes enfatizan cuan arraigado está el mal y, por lo tanto, cuan largo deberá ser el proceso para erradicarlo. En el citado número extraordinario de **SUR**, Victoria Ocampo también alude a la irrealidad de la vida social durante el peronismo, expresando que sólo en la cárcel habría encontrado la verdad. Pero el mal que ha hecho la mentira sistematizada de la dictadura –sostiene la directora de la revista- requerirá mucho tiempo para extirparla de los corazones ingenuos donde han anclado. Las expresiones en el mismo sentido de los dirigentes del Partido Socialista parecen tener objetivos precisos: extender lo más posible, el lapso del gobierno de Aramburu y Rojas y, por otra parte, profundizar las medidas de represión contra el peronismo. “La construcción estará efectivamente terminada –escribe Américo Ghioldi- sólo cuando los argentinos comprendan el mal sufrido”. Para que no queden dudas sobre el sentido de sus expresiones, más adelante aclara que no bastará con “el mero olvido del pasado sufrimiento”.⁷

Haciendo una síntesis de lo hasta ahora expresado, puede sostenerse que el sector de tradición liberal, el más radicalizado en su antiperonismo, no expresa en general una visión optimista sobre el futuro político, pero sus señalamientos sobre el engaño y la irrealidad del peronismo no permiten fundar ninguna perspectiva razonable sobre la evolución del movimiento. Sin embargo, la expresión de deseos subyacente, la aspiración a una rápida desintegración del movimiento liderado por Perón, parece guiar más de una de las caracterizaciones que niegan no sólo la legitimidad del peronismo sino también su posibilidad de constituirse como fuerza coherente.

No nos ocuparemos en este trabajo in extenso de las posturas adoptadas por los sectores políticos que se plantearon una política distinta, tendiente a la integración de los trabajadores y los votantes peronistas. Tanto el nacionalismo lonardista, como el radicalismo intransigente y el partido comunista parecen haber creído seriamente en la posibilidad del debilitamiento del liderazgo de Perón. El texto de Mario Amadeo, **Ayer, Hoy, Mañana**,⁸ muestra la disposición de los nacionalistas

de este escritor en el N° 242, de la misma revista, en setiembre octubre de 1956. **El simulacro** fue publicado en **El Hacedor**, Buenos Aires, Emecé 1960.

⁷Américo Ghioldi, **Cayó la dictadura , ¿ahora qué?**, Buenos Aires, Gure, 1956, pág. 7.

⁸Mario Amadeo, **Ayer, Hoy, Mañana**, Buenos Aires, Ediciones Gure 1956.

a recuperar buena parte de los legados del peronismo excluyendo algunos aspectos inaceptables, entre los que se incluía todo lo que llamara a la profundización de la lucha de clases y la propia figura de Perón. El frondizismo, por su parte, gestó desde la revista **Qué**, un espacio de diálogo con el peronismo muy significativo, mucho antes de que Perón negociara el apoyo a la candidatura presidencial del radicalismo intransigente. Era obvio, aunque no resultaba prudente hacer referencia a ello, que la visión optimista de un éxito de Frondizi en su gestión y en la política de integración podía permitir una progresiva cooptación de los cuadros peronistas. En cuanto al PC, de los tres sectores fue el que menos avanzó en la elaboración teórica de un acercamiento al peronismo. Algunos dirigentes, como Rodolfo Ghioldi, no renunciaron a seguir identificando a Perón con el nazismo, pese a que ya no era ese el discurso oficial del Partido. Sin una profundización teórica que hubiera requerido una revisión de la política seguida en 1945, los periódicos partidarios y las publicaciones comunistas dirigidas al movimiento obrero intentaron, con un discurso de oportunidad, aprovechar la vacancia en que parecían encontrarse los trabajadores peronistas.

Por convicción, o por conveniencia política, hemos visto que, fuera del peronismo, muchos no consideraron asegurada la supervivencia de la fuerza liderada por Perón. No fue tan distinta, la respuesta de no pocos dirigentes de la rama política del propio movimiento peronista, entre quienes la radicalización del conflicto con la Iglesia había generado fuertes descontentos. Además, el liderazgo a distancia a que se veía obligado Perón estimulaba las pretensiones de autonomía y la cerrada actitud de negación del peronismo que asumía la dictadura de Aramburu y Rojas hacía pensar que para el movimiento desalojado del poder, los caminos legales estarían proscritos durante mucho tiempo. Las negociaciones con el gobierno provisional que comienzan algunos dirigentes entonces constituyen el origen de los futuros partidos neoperonistas y, en general, de los intentos de reconstruir un peronismo sin el liderazgo de Perón. El análisis de estas políticas no es fácil, no sólo por la diversidad de casos y situaciones provinciales que deberían ser estudiadas, sino también porque el propio Perón –aunque condenó en un primer momento toda pretensión negociadora- adoptaría con el tiempo posturas más flexibles.

El caso sin duda más interesante para analizar es el de Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz. Lejos de toda política de negociación, ambos escritores, inmediatamente después del golpe militar, jugaron un rol decisivo para activar el enfrentamiento con la dictadura. Basta recordar el rol que cumplieron en

periódicos como **El 45** o **El Líder**, o la publicación por Jauretche de su informe contra el Plan Prebisch. Sin embargo, siempre aparecieron más preocupados por afirmar una línea nacional popular y denunciar las políticas del gobierno aramburista que por fortalecer el liderazgo de Perón dentro de su movimiento. La relación de ambos intelectuales con Perón no había sido fácil durante su gobierno. Jauretche, en quien Perón desconfiaba desde 1945 por la predisposición que entonces mostró a la negociación con Amadeo Sabattini, no volvió a la función pública después de su alejamiento del Banco Provincia en 1951. En cuanto a Scalabrini, aunque Perón le habría ofrecido la presidencia de la empresa de ferrocarriles nacionalizados, él mismo señaló las dificultades que habría tenido para expresar su pensamiento durante el gobierno peronista: “siete revistas juveniles que publicaron colaboraciones mías fueron clausuradas; lo mismo que el Ateneo en que alcancé a dictar tres conferencias”⁹.

Jauretche se enfrentaría duramente con Perón en 1956 cuando éste impone una línea insurreccional que supone diversas formas de ejercicio de la violencia. En sus cartas al padre Hernán Benítez, también opuesto al nuevo rumbo definido por el líder exiliado, Jauretche no ahorra denuestos contra las directivas “del norteño” (Perón está entonces en Caracas). Algunos cuestionamientos de Jauretche, “dejemonos de hablar de cinco por uno, porque después nosotros ponemos los cinco y ellos ponen el uno”, muestra que sus críticas hacia una política que enajena el apoyo de los sectores medios alcanzan también a la última etapa de la gestión de gobierno anterior a setiembre de 1955. Además, en su correspondencia con John William Cooke, el intelectual forjista se pregunta si no habrá llegado la hora de una participación más colectiva en las decisiones, precisamente en momentos en que el líder exiliado cree necesario acentuar el verticalismo ante lo que considera riesgos ciertos de dispersión de su movimiento¹⁰.

Estos antecedentes permiten entender que Scalabrini y Jauretche hayan colaborado en la revista **Que**, avanzada de la candidatura presidencial de Frondizi, mucho antes de que el peronismo celebrara el acuerdo para apoyarla y que, en julio de 1957, ambos sostuvieran el voto por los candidatos de la UCRI (la escisión radical

⁹ Raúl Scalabrini Ortiz, “Aramburu y Rojas son degradados por nuestro director”, **Qué**, N° 188, Buenos Aires, julio de 1958. El artículo es una respuesta a la decisión del gobierno de Frondizi de ascender a los responsables de la dictadura al grado militar superior. Es notable que Scalabrini invoque su independencia del peronismo y las dificultades que enfrentó en tiempos de su gobierno, entendiendo que eso le asignaba más autoridad para enjuiciar a quienes, como ambos dictadores, habrían sido distinguidos con favores por el gobierno de Perón.

¹⁰ Las citas de la correspondencia de Jauretche, son tomadas de Marta Cichero, **Cartas Peligrosas**, Buenos Aires, Planeta 1992,

que lideraba Frondizi), mientras Perón llamaba al voto en blanco. Decididos opositores a la política de la dictadura, Jauretche y Scalabrini son considerados, con razón, entre los forjadores de la resistencia peronista; paradójicamente, los hechos señalados también nos permiten ubicarlos entre los precursores de un peronismo sin Perón. La actitud asumida por ambos intelectuales no se explica sólo por las ya citadas contradicciones con el líder del movimiento. A nuestro entender, también tiene que ver con que ambos compartían las dudas entonces generalizadas acerca de la posibilidad de que Perón recuperara su posición dominante en la política argentina.

Si esas dudas eran importantes entre propios y extraños, cómo explicar el éxito de Perón en mantener su liderazgo, obtener el acatamiento generalizado de los peronistas y finalmente concretar el retorno al país y asumir la presidencia. La primera de las razones para explicar este éxito la dio el mismo Perón cuando señaló con sorna, en más de una ocasión, “no es que hayamos sido buenos sino que los que vinieron después fueron peores”. Jaqueados por la tutela de las fuerzas armadas y presionados por la militancia del peronismo, los gobiernos de Frondizi y Arturo Illia, los dos únicos presidentes civiles con que contó el país en 18 años, nunca lograron estabilizarse. La proscripción peronista, por otra parte, los vaciaba de legitimidad e impedía cualquier posibilidad de convocar al apoyo popular. Como las orientaciones fijadas durante la “Revolución Libertadora” condicionaron la gestión de los gobiernos sucesivos, cabe señalar que la política de cerrada desperonización tuvo un fracaso colosal. ¿Qué hubiera ocurrido con el liderazgo de Perón si no se hubiera intervenido la CGT en noviembre de 1955, si los militares hubieran tolerado las victorias electorales del peronismo en varias provincias que llevaron al derrocamiento de Frondizi o permitido llegar a las elecciones previstas para 1967 que seguramente hubieran registrado otra victoria peronista? No es posible avanzar en este ejercicio contrafáctico, pero es razonable suponer que la política de represión y proscripciones terminó por fortalecer la cohesión del peronismo. De todos modos, para no considerar aisladamente el efecto de la exclusión peronista, habrá que recordar que las políticas económicas y sociales impuestas en la mayor parte del período 1955-1973, agredieron a los sectores obreros y populares y reforzaron su disposición a seguir al peronismo.

Pero todas estas condiciones que podríamos llamar objetivas no bastan para entender la operación política ejecutada a lo largo de 18 años que culminó exitosamente con el retorno, en la que Perón mostró sus notables condiciones de dirigente político. El general se vanagloriaba especialmente de sus aptitudes de

conductor, arte que consideraba reservado a los elegidos, “tocados con el óleo de Samuel”. Este rasgo carismático, no lo salvaba de cometer errores -pensemos en la errática conducción del conflicto con la Iglesia o en el incendiario discurso del 31 de agosto de 1955, inexplicable a la luz de la actitud asumida frente al golpe 15 días posterior- pero es evidente que acertó en las grandes líneas de su política de largo plazo después del '55, lo que le permitió nuclear a un conjunto imponente de fuerzas para aislar al partido militar.

Ernesto Laclau, en un análisis que tiende a volverse clásico, ha explicado el notable agrupamiento de demandas y sectores sociales y políticos tras la bandera del retorno de Perón, con la teoría del “significante vacío”.¹¹ La participación de diferentes sectores en la constitución de un movimiento político supone la posibilidad de que cada uno de estos interprete, de modo no necesariamente coincidente, significantes como Justicia social, pueblo, democracia o cualquier otro en torno al que se articulen las demandas. En la medida en que esos significantes van perdiendo un contenido propio, será más fácil que cada grupo les asigne un significado particular y, en consecuencia, el progresivo vaciamiento de sentido del significante permitirá que la articulación de sectores y demandas se extienda casi sin límite.

Esta tesis permite explicar tanto el vertiginoso ascenso del peronismo al poder en 1973, como la incontenible lucha interna que facilitaría su desalojo del gobierno. En pocas ocasiones, las razones del éxito se emparentan tan nítidamente con las del fracaso. La amplitud de la convocatoria que permitió debilitar al régimen militar y le hizo aceptar el retorno de Perón tuvo también como consecuencia natural la ingobernabilidad del movimiento peronista. Esta consecuencia no puede separarse de lo que resulta el rasgo más fascinante de la conducción política de Perón, su audacia para volcarse a uno u otro lado del espectro político con el propósito de aprovechar en su favor una coyuntura. Esta disposición a “ascender a los extremos”, a revestir con el manto del peronismo las posturas tácticas más diversas, ha llevado a sostener que en realidad es ese tacticismo el mismo proyecto de Perón. Esta lectura va más allá de la idea de “significante vacío” -que en Laclau alude al proceso social de construcción del discurso peronista antes que al pensamiento de Perón- y hace del peronismo un mero recetario de políticas para la obtención y conservación del poder.¹²

¹¹Ernesto Laclau, **La razón populista**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pág. 266 y sigs.

¹²Excediendo el período de tiempo que estamos analizando, esta idea del peronismo se fortaleció durante la gestión de Carlos Menem, cuyo gobierno mostró una sorprendente desaprensión para adaptarse a las

Sin embargo, si se analiza la conducta de Perón a lo largo de toda la experiencia peronista, se advierte que esa disposición a las variantes tácticas audaces, la capacidad de adaptación a las situaciones más cambiantes, suele ir acompañada de gestos y políticas correctivas para no comprometer definitivamente el rumbo. Así, luego del discurso en la Bolsa de Comercio de agosto de 1944, en que muestra a los empresarios la conveniencia de aceptar las reivindicaciones obreras como modo de asegurar la paz social y evitar la radicalización del sindicalismo, la negativa reacción empresaria transforma a Perón en el líder de un movimiento de los trabajadores que carece de todo correlato por el lado de los empresarios. El futuro presidente acepta ese rol y conduce al peronismo a la victoria electoral, pero ni entonces ni nunca dejará de sostener la importancia del rol de los empresarios en la alianza gobernante, a pesar de que la presencia de éstos resultará siempre muy débil en la historia peronista. Asimismo, a comienzos de la década de 1950, la presencia claramente dominante de los Estados Unidos en el concierto mundial, los requerimientos de inversión ante la obsolescencia del equipamiento industrial y la crítica situación creada por las malas cosechas llevan al peronismo a definir un nuevo rumbo económico. Mucho se ha hablado de la derechización de un gobierno que buscó infructuosamente la participación del capital extranjero y mostró mayor preocupación por el control del sindicalismo. Sin embargo, la recuperación de los niveles salariales en los últimos años de gobierno, muestra que la preocupación por el consumo y la expansión del mercado interno siguió siendo uno de los pilares del proyecto peronista.¹³

En el mismo sentido, cuando a comienzos de los '70, Perón otorga a la guerrilla peronista un apoyo que considera imprescindible para el éxito de la política de hostigamiento a la dictadura, la deliberada imprecisión de sus referencias al “socialismo nacional” al que asocia con “la comunidad organizada”, la negativa a

demandas del capital financiero internacional y para adoptar políticas absolutamente reñidas con la tradición peronista. Sería equivocado afirmar que esta experiencia de gobierno que tuvo el apoyo de la gran mayoría de los dirigentes del peronismo nada tuvo que ver con la tradición del movimiento, pero no menos equivocado sería identificar ese pragmatismo adaptativo que terminó por confundirse con una definida ideología de derecha con el pensamiento político de Perón.

¹³ Ricardo Sidicaro, **Los tres peronismos**, Buenos Aires, Siglo XXI, pág. 97, señala que la modificación de las políticas tendiente a mejorar las relaciones con el gran empresariado, no apartó al gobierno de “sus principios centrales estatistas. Por su parte, Eduardo Basualdo, **Estudios de Historia Económica Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI 2006, (pág. 35), destaca que la tendencia al incremento de la participación de los asalariados en el ingreso se mantuvo, a pesar de la crisis de 1952.

romper el acuerdo con las direcciones sindicales tradicionales, el discurso del Pacto social que otorgaba a las grandes empresas nacionales un rol preponderante, muestran que, aunque muchos no lo entendieran entonces, su pensamiento estaba lejos de identificarse con los sectores más radicalizados de la Juventud Peronista. Más tarde, cuando el líder peronista cree necesario poner límites a la presencia desbordante de la JP, se apoya en la derecha de su movimiento con una permisividad que no dejarán de aprovechar los grupos que luego habrán de constituir las Tres A. Sin embargo, el 1° de mayo de 1974, cuando Perón increpa a los Montoneros en Plaza de Mayo, ha pronunciado por la mañana en el Congreso un discurso que retoma las líneas fundantes de un proyecto de desarrollo y autonomía nacional y recogerá el más amplio consenso.

Puede concluirse que algunas definiciones aparecen en el pensamiento de Perón como una constante a lo largo de los años: defensa del mercado interno, desarrollo nacional autónomo, acuerdo social entre trabajadores y empresarios, rol activo del Estado en la actividad económica. Estos principios se plantean, en general, sin excesivas precisiones por que es el modo de posibilitar los matices de interpretación, pero en su formulación básica no sufren grandes alteraciones. La desertión de las fuerzas armadas del frente peronista en 1955 afectará la idea de Perón sobre el rol que éstas deben cumplir. La teoría de la “nación en armas”, clave en la relación del pensamiento político de Perón con su matriz militar, ya no asumirá el lugar privilegiado que ocupa en sus primeros años de actividad política. Sin embargo, las ideas básicas que relacionan la defensa con el desarrollo, el nivel de vida y la educación de la población siguen siendo las mismas.¹⁴

Esta coherencia del pensamiento de Perón no siempre ha sido apreciada porque, en general, no se ha valorizado la dimensión intelectual de su figura. Probablemente

¹⁴Tal vez el único aspecto realmente novedoso que encontramos en el pensamiento del Perón que retorna al país, en relación con el de sus primeras presidencias, es la importancia mayor que asigna a los mecanismos institucionales democráticos y al rol de los partidos políticos. Este rasgo como es obvio no puede relacionarse con la residencia en la España franquista, sino con la mirada atenta que el general exiliado tuvo hacia los otros países de Europa Occidental. Halperín Donghi ha enfatizado que Perón, en sus primeras presidencias, no hizo centro de su discurso en la legitimación por el sufragio. A pesar de las masivas votaciones que lo acompañaron, Perón actuaba como si los resultados electorales no fueron más que la confirmación del consenso que había ganado en la sociedad. Nunca cambió del todo este punto de vista, pero el Perón retornado en 1973 asignó a los partidos políticos y a las alianzas electorales un lugar más importante que el otorgado en su primera gestión.

por su formación militar y, también porque -en palabras de Halperín Donghi- parecía “poco afecto a las exquisiteces teóricas”. Sin embargo, a juzgar por la cantidad de textos que escribió, por el constante hábito de lectura a lo largo de su vida, por el arte de la cita que integraba esas lecturas a su discurso político, Perón debe considerarse como uno de nuestros escasos presidentes intelectuales del siglo XX.

Pero este rescate del Perón intelectual no debería llevarnos a creer que es en la unidad doctrinaria donde se encuentran las razones de la perduración peronista. A su retorno al país, asustado por la profundidad de las contradicciones internas y por las interpretaciones del peronismo que, a su juicio, se inclinaban excesivamente hacia la izquierda, Perón intentó en un gesto casi desesperado, afirmar la unidad de doctrina: “nosotros somos –declaró- lo que dicen las 20 Verdades Peronistas”¹⁵. Desandaba así el camino que había recorrido con tanto éxito. Si la confianza que antes había manifestado respecto a la capacidad de su movimiento para capitalizar la dinámica social del enfrentamiento a la dictadura lo había llevado a apoyar todas las luchas e impulsar todos los diálogos –“finalmente todos aportan al peronismo” dirá en la Actualización Doctrinaria de 1971- ésa actitud dejará paso al intento de refundar una ortodoxia que permita el recuento de los fieles y la exclusión de toda disidencia.¹⁶

Pensamiento rico que vuelve a lo largo de una vida sobre sus temas clásicos pero alumbra a cada paso nuevas perspectivas, el de Perón no ha podido, afortunadamente, codificarse en ninguna preceptiva. Ni mera ideología del poder adaptable a todas las situaciones, ni fuerza disciplinada en la adhesión a una unidad de doctrina. Protagonista de más de 60 años de vida política argentina, el peronismo sigue resistiéndose a esas simplificaciones.

¹⁵ Las “Veinte Verdades Peronistas” fueron leídas por Perón en el acto del 17 de octubre de 1950.

¹⁶ Tratando de recoger los fragmentos dispersos de su pensamiento que habían servido para impulsar las empresas más diversas, Perón hacía un gesto inverso al que se había planteado John William Cooke, en los ‘60. Comprobando la imposibilidad de que el partido de los pobres completara la transformación a que estaba destinado sin darse una doctrina revolucionaria, Cooke creyó necesario internarse en la búsqueda de un pensamiento que definiera con mayor claridad los objetivos y los métodos de esa transformación. No lo detuvo en su tarea la conciencia (¿el temor?, ¿el deseo?) de que quizás ese proceso pudiera llevar hasta la superación de los límites del propio peronismo.

